

De un tamaño los reyes y escuderos,
Solo que la fortuna por su gana
A estos presta sayal, y aquellos grana.
Bien que estos varios juegos de fortuna,
Los graves alibajos de su rueda,
Así los que hay encima de la luna,
Como lo que por nuestro abuso queda,
Todo es traza divina, á quien ninguna
Otra puede llegar por mas que pueda,
Sin quien la hoja del árbol no se mueve,
Ni una gota de mas ó menos llueve.
Mas que sean breves y menudas cosas
Cuántas el mundo tiene por trofeos,
¿Quién jamás lo ignoró? ¿quién sus pomposas
Torres no ve ser nidos de pigmeos?
Y si estas no son voces poderosas
Para desencantar vanos deseos,
Y ver que en su soberbia nube hinchada
Quien mas llegó á alcanzar no alcanzó nada:
Ved esta breve mancha, que torcida
La forma hace de un dragon hermoso,
Y es de Europa la tierra, en quien ceñida
Del mundo está la parte mas precio a:
Sana, templada, fértil y florida,
De rubio oro y regalos abundosa,
Honesto trato y nobles calidades,
Villas, pueblos, castillos y ciudades.
La Sarmacia de Europa es la primera
Que allí de Asia arrinconan los mojonos,
Y el Hiperbóreo monte una ladera
Voraz carcome dentro en sus regiones:
Donde seis meses tienen noche entera
Los que entre el yelo rompen sus terrones,
Y sin mudar jamás temple ni cielo,
De unas estrellas gozan, y de un cielo.
Allí son los altísimos Rifeos,
Y el Tanais que en sus faldas nace y crece.
Y sin gozar del mar ni sus deseos
En la laguna Meotis fenecer:
El Bósforo es aquel, y allí los feos
Agatirsos están, aquí parece
El sitio de los sármatas y alanos,
Y allí los masagetas inhumanos.
La Chersoneso Táurica es aquella
Que al parricida Orestes vió asombrado,
Y en el sangriento altar de la doncella
A su alfange divino arrodillado:
Dácia, y el gran Dorisco en medio della,
Allí hace cien mil hombres, con que armado
Quiso Xerxes escudo por escudo
Su ejército contar, y apenas pudo.
Como famoso labrador que echa
Su limpia parva en el agosto amigo;
No cuenta grano á grano la cosecha,
Mas á colmadas troges mide el trigo;
Así en aquel Dorisco, que una estrecha
Celda de aquí parece, el rey que digo
Su ejército midió á teatros llenos,
Sin que cupiese aun en catorce senos.
El monte Hemo es este, que su altura
Casi nos cierra el paso sobre el viento,
Cuyas cumbres descubren la llanura
Del Egeo mar, y el Jonio turbulento;
Y el Ismaro cubierto de frescura,
Por donde Orfeo derramó su acento,
Y del Pangeo monte la cabeza,
Que al mar óprime y rompe su braveza.
Esta que así arrimada al mediodía
Una ancha hoja forma de higuera,
Donde del istmo estrecho la porfía
A pesar de dos mares persevera,
Es el Peloponeso, fuente y cria
De las humanas letras: la severa
Corinto aquella, que de sus ruinas
Roma gozó riquezas peregrinas.

Los Léleges, Teléboes y Curetes
Son los que allí parecen derramados,
Y aquellos los caballos y ginetes
De Acarnania, y sus pueblos celebrados.
Y los que entre tus pinos entremetes,
Oh humilde Arcadia, de árboles criados
Son estos, y los otros los mojonos,
De Pelagios, Parresios, Licaones.
El Ténaro es aquel, que el mar salado
Fuegos del hondo Flegeton vomita,
Y el promontorio Málea señalado,
Que el paso á las erradas naos evita:
El Espartano pueblo celebrado
Allí (si aun dura su memoria) habita,
Y estos son los remansos cristalinos
De Erimanto, y de Ménalo los pinos.
La Pirrea Tesalia, coronada
De señalados montes, es aquella:
El altísimo Olimpo, y su nevada
Frente, que toca á la mas alta estrella;
Y de Oeta la cumbre celebrada,
Con el sepulcro de Hércules en ella:
El Osa, de los dioses enemigo,
Y de centauros el establo antiguo.
Aquí es el valle Flegra peñascoso,
Donde la celestial caballería
Peleó con todo un campo monstruoso,
Que en favor de los Titanes venia;
Donde del gran destrozó belicoso
Las reliquias se gozan todavía,
Y los collados aun se están cubiertos
De blancos huesos de gigantes muertos.
Este es el alto Pélion que al Oriente
Hurta la primer luz de la mañana,
Y de escalon sirvió y altiva puente
En la disforme guerra soberana:
Y aquel rio de cristal resplandeciente,
Que entre el monte Osa y el Olimpo mana,
Es el padre de Danae, el gran Peneo,
Que al mar lleva un clarísimo rodeo.
Y aquel pequeño valle, por quien pasa
De flores coronado y hermosura,
El celebrado Tempe, en quien sin tasa
Flora vertió su cuerno de frescura;
Donde en verde jardin y alegre casa
El florido verano siempre dura,
Y Anfriso por allí voltea solo,
Ufano de mudar el nombre á Apolo.
El turbio Anagró de aguas hediondas,
Donde lavó el Centauro sus heridas,
Es el que por allí lleva las hondas
Riberas, de veneno ennegrecidas:
Y el claro Anáuro de plateadas ondas,
Sesgo, sereno, y de olas recogidas,
Que con vapores, nieblas, ni rocío,
Jamás destempla, ni hace el aire frío.
Esta costa de mar, que del Egeo
Al Jónio va á buscar la estrecha puerta,
Y del frío y altísimo Pangeo
Hasta el Acroceranio corre abierta,
Es Acaya, y su templo Dodoneo,
Adonde en su inmortal selva, cubierta
De encinas duras, daba un Dios potente
Respuestas otros tiempos á la gente.
La antigua Macedonia y sus collados
Son estos con que el ancho Epiro crece,
A quien dos veces en contrarios hados
Romana sangre sin por qué humedece;
Y aquellos rayos de cristal grabados,
Que otro cristal mayor desaparece,
Sesenta navegables rios y fuentes
Son, que al Danubio entregan sus corrientes.
Y él, cargado de gentes belicosas,
Ferozes pueblos, bárbaras naciones,
Por selvas de arboledas deleitosas

Del mar de Scitia busca los rincones,
Donde por siete puertas anchurosas
En él descarga sus preciosos dones,
Dando en testigo á su feliz entrada
La hermosa Péuceu de ovas coronada.
Entre estas ferocísimas riberas
Y el Adriático mar corre la costa
Del Ilirico reino, y sus fronteras,
Contrapuestas en playa y luna angosta,
La Albania, la Dalmacia y las laderas
De Liburnia, y la Istria, á cuya costa
El azote parió en parto fecundo
De Atila otra Venecia nueva al mundo.
Debajo aquel celaje y niebla fria
Que del Dantisco mar se va exhalando
La alta Podolia corre, y la Rusia,
La Prusia, Frigia y el Holsacio bando:
Cracovia, Pomerania, y la Dania,
La fria Noruega de continuo helando,
Con otro inmenso y áspero gentío,
De leyes varias, y de asiento frio.
Y aquel celaje azul, que ancho y tendido
Un raso cielo desde aquí parece,
Es el Gótico mar, que allí escondido
Al polo con sus olas humedece:
De potentes islas oprimido,
Donde Tile en sus fuegos resplandece,
Y asombra con fantasmas ordinarias,
Las resaca á sus playas solitarias.
Las Orcades pendientes sobre el yelo
Allí han de estar sembradas y esparcidas,
Y las Ebudas de un estéril suelo
Entre nieve acullá y cristal metidas,
Con las que al Norte por zenit del cielo
En cuatro euripos tienen repartidas,
Y la Hipérborea, libre gente ociosa
En quieta vida goza, y paz sabrosa,
Mas ya dejando este intratable cielo
De fria niebla y de rigor vestido,
Y el eje eterno de cristal y yelo
Sobre que se revuelve el mundo unido,
Volved los ojos á aquel fresco suelo
Que ufano estiende allí el cuerno florido,
Y vereis la dichosa y rica tierra
Que el Apenin divide, y el mar cierra.»

ALEGORIA.

Orlando burlado por tantos modos de Garilo, significa que el descuido y confianza suele traer á los hombres á grandes riesgos, y el recato con que ha de vivir el que no quiere ser engañado de traidores. En el alquimista, y sus engañosas fabulas, se apuntan las que algunos charlatanes desta profesion usan para encandilar al vulgo, que si bien es verdad que hay en esta arte grandes secretos, son pocos los que los alcanzan, y muchos los que tratan de burlar á su sombra el mundo, con que vienen á perder los menos por los mas; no obstante que la piedra filosofal, ó fligir divino, figurado por el anillo de Angélica, haga tan admirables transformaciones en las cosas, que las que aquí van apuntadas por encarecimiento, sean en su comparacion cortas, y de poco nombre, si ya no queremos entender por el anillo la virtud, que es la que hace en el mundo las mayores transformaciones y maravillas.
En el truco de las flechas del amor, y de la muerte, se muestra la poca seguridad de la vida humana, aun en sus juveniles años, y cómo aunque el tiempo en el hombre consume y gasta la potencia del cuerpo, el alma, que nunca se envejece, suele tener en la vejez tan floridos deseos como en la mocedad.
La conversion de Garilo en gato, dice cuan dificultosa es de mudar la inclinacion, aunque se mude el estado y profesion de la vida.
Malgesi, que con sus conjuros levanta volando su navío, y sus tres compañeros en él, significa el alma contemplativa, cuando con sus tres potencias, entendimiento, memoria y voluntad, figurados en el rey de

Persia, en Reynaldos y Morgante, se levanta á la contemplacion de las cosas superiores, comenzando por las inferiores, y su caduquez y poca substancia.

LIBRO DÉCIMO-SESTO.

ARGUMENTO. Prosigue Malgesi su viaje y discurso, describiendo en él la hermosura de Italia y Francia; y habiendo hecho á petición de Orimandro un famoso epilogo de las grandezas de España y sus antigüedades, se ofrece de enseñarle el nuevo mundo que el cielo tiene prometido á la monarquía española.

Dijo, y templando en vuelo sosegado
Las velas al favor de un fresco viento,
En dia claro y cielo sosegado
Fue descubriendo el italiano asiento:
Y el mundo donde vuelan asombrado
De su nuevo viaje, ciento á ciento
De las ciudades salen, y las villas,
A ver las nunca vistas maravillas.
Puesto ya el pescador su corvo anzuelo
Al engañoso cebo, y levantada
La tembladora caña en alto al cielo,
Con la vista se queda embelesada:
Y el humilde ganan rompiendo el suelo
Con la yunta de bueyes alquilada,
De tan nuevos portentos asombrado
A la manquera se quedó arrimado.
No hubo pobre oficial tan codicioso
Que por verlos no deje su tarea,
Ni rey á quien no asombre el espantoso
Barco que el aire y su region pasea,
Ni villano tan terco y malicioso
Que con la boca abierta no los vea,
Ni viejo así encogido y encorvado
Que esta ocasion no le haya enderezado.
Como en tiempo de eclipse el temeroso
Vulgo, en bardos y cuentos repartido,
El enlutado sol mira medroso,
A quien su hermana tiene oscurecido;
Que cualquiera hecho astrólogo famoso
Su historia dice, y cuenta lo que ha oido,
Y el natural efecto del planeta
A su traza y su modo lo interpreta.
Así el barco volando por el viento
El mundo tiene en bandos alterado,
Y á cada cual conforme á su talento
Con mas temor ó menos asombrado:
Quizá del estrellado firmamento
La argonautica se ha desencajado,
Y cargada de dioses va camino
En busca de algun nuevo vellocino.
Otro menos leido, y mas medroso,
La barca dice que es del lago Averno,
Que preñada de mundo mentiroso
Traslada hombres fingidos al infierno;
O que es la nao sagrada del glorioso
Pedro, barquero celestial y eterno,
Que huyendo del mundo en feliz vuelo,
Con la fe y la verdad se sube al cielo.
Y ellos siguiendo el celestial camino
Del asombrado mundo van gozando,
Cuando el suelo de lejos ven latino
La hermosura del mundo sustentando:
Y prosiguiendo el mágico adivino,
La proa á la Calabria enderezando;
«El que allí encumbra, dijo, su cabeza,
De riscos coronada y de maleza;
Es el Gárgano altísimo, sagrado
Alcázar del Arcangel poderoso,
Que al católico ejército fue dado
Por capitán y príncipe glorioso,
Y el pueblo de Diomedes, va trocado
El nombre en apellido mas dichoso,
Cuyos collados del Salmicio bando
Cuerpos están y sangre regoldando.



Las ruinas del gran templo de Minerva,
 Sus torres y gastados chapiteles,
 Allí á pesar del tiempo los conserva
 Luceria entre sus bosques y vergeles:
 Cilario baña allí la fresca yerba,
 De azucenas manchada y de claveles,
 Que él despues con sus ondas mal seguras
 De tiernas flores vuelve piedras duras.
 El rio Ausida, que con sangre humana
 Al mar de Adria llevó nuevas crecientes,
 Es el que allí de birpinos bosques mana,
 Y por la Nursia tuerce sus corrientes;
 Y allí á Hetrucio, que en la suerte vana
 Del rey de Epiro, y sus vencidas gentes,
 Muestra al mundo, que solo al cielo es dado
 Saber el fin que al hombre guarda el hado.
 Aquellos son los muros de Tarento,
 Que al mar dan nombre y sombra de contino,
 Y Scileo, promontorio turbulento,
 Que á Caribdis y Scila está vecino:
 Y de Ardea su alto alcázar, y el asiento
 Que le dió Turno, y le quitó su sino,
 Cuando á pesar del fuego hizo al cielo
 Le prestase alas, y otorgase el vuelo.
 Aquel euripo estrecho, que parece

A pesar de dos mares abrir paso,
 Por donde el régio promontorio crece,
 Y el Ploro se arroja al mar escaso,
 Es el Tirreno angosto, en quien feneces
 De la fértil Italia el campo raso,
 Y á donde con bramido temeroso
 Al mar turba Caribdis su reposo.
 La que allí está á las ondas entregada,
 Y fue de tierra firme dividida,
 Es la antigua Tinaeria, así nombrada
 De las tres puntas con que está ceñida;
 La que la Libia al astro ve tostada,
 En continuos bochornos encendida,
 Es Lilibeo, aquel el gran Paquino
 Que oye bramar los ciclopes contino.
 El Peloro se llama estotra punta,
 Que ya un tiempo llamarse Italia pudo,
 Y en blancos huesos dió, y gente difunta,
 Nevado de Leucosa el canto agudo:
 Y el que los encendidos globos junta
 A las altas estrellas, y el membrudo
 Encelado entre el bronce y pez derrite,
 Y hace que fuegos sin cesar vomite,
 Es el asiento de Etna peñascoso,
 De llamas y de nieve incorporado,

Cuyas masas de fuego monstruoso
 El cielo tienen con hollin tiznado;
 Y lanzando del vientre caluroso
 Derretidos peñascos, y nevado
 Con la ceniza el campo aborrecible,
 El pecho hierve en hueco estruendo horrible.
 Es fama que de un rayo poderoso
 En aquellas cavernas soterrado
 Está el gigante Encélado espantoso
 De todo el monte altísimo cargado:
 Del pecho resoplando caluroso
 Fuego, humo y azufre requemado,
 Y al anhelar del pecho que rehierve,
 La tierra tiembla en torno, y el mar hierve.
 Allí tambien están del feo Vulcano
 Las fraguas y hornazas encendidas,
 Y el ciclope nudoso al aire vano
 Roncos estruendos forma y estampidas:
 Hierve en los yunques su pesada mano,
 Y revuelve las masas encendidas,
 Resuena el sordo valle, y por los huecos
 Peñascos braman los quebrados ecos.
 Y no lejos de allí en un prado ameno
 La agradable Aretusa resplandece,
 Por quien Alfeo ya en paso sereno
 Al mundo su cristal desaparece:
 El monte Ibla, de flor y abejas lleno,
 Y el rio Panchayo es el que allí parece,
 Manso despues que Ceres sabiamente
 El ruido le enfrenó de su corriente.
 Las islas Eolias, donde el raudó viento
 Tiene en sombrías cavernas su morada,
 Son las que allí con espumoso asiento
 La mar muestran en torno salpicada.
 Donde Cáprea sustenta ancho cimientó
 A la Tiberia torre celebrada:
 Cípara es esta, aquella Enaria angosta,
 Y esta Surrento, y su apacible costa.
 El rio Numincio de ondas sosegadas,
 Donde el cuerpo de Eneas fue hallado,
 Es el que allí regando las yugadas
 Del fértil Lacio busca el mar salado:
 Y Peneste de almenas levantadas,
 Hechas de fuego y pedernal labrado,
 Es aquella, y aquellos que allí vistés
 Los Tetricos montes, ásperos y tristes.
 La ciudad Aretina, y sus pantanos
 Siempre exhalando destemplados vientos,
 Y la soberbia Tibur, cuyos llanos
 Gozan los telagónicos asientos:
 El sonoro Sarno, y los ufanos
 Cuernos del Iris claro, y los cimientos
 Son estos de Minturnia destruida,
 Que á Mario en sus lagunas dió la vida.
 Las blancas piedras de Anxur celebradas,
 Y los collados que con su agua riega,
 Son aquellos, y aquellas las cañadas
 Con que al Pontino lago las entrega:
 Y los mirtos y encinas consagradas,
 Que al sol esconden la florida vega
 Del reino de Diana, son aquellos,
 Con su gran sacerdote y rey en ellos.
 La fértil Cumas con dichoso agüero
 Allí fue de los Cálceidas fundada,
 Y aquella es Capua, que un Alcon mañero
 Nombre le dió, y la hizo señalada,
 Por donde el rio Volturno va ligero
 Huyendo de su vida regalada,
 Que afeminó á Anibal el pecho fuerte,
 Y á César dijo y anunció la muerte.
 Allí sus baños tiene celebrados
 La fértil Vayas de aguas escelentes,
 Y los Cimerios pueblos soterrados
 Solian allí esconder sus negras gentes:
 Los valles son de olivas coronados

Del gran Tiburno los que veis presentes;
 Tolfa es aquella, aquellos sus alumbres,
 Y este Argentario, y sus altivas cumbres.
 Nápoles queda allí, y sus altos muros,
 Mejor por sus contrarios renovados
 Que los hicieron los Calcídias duros,
 De groseros terrones amasados:
 Y de Circe los bosques mal seguros,
 De olas antiguamente rodeados,
 Y anudados ahora con la tierra,
 Ya del mar vencen la importuna guerra.
 Aquí aun se dura el rastro y las señales
 De haber vivido allí una rubia diosa,
 Circe, hija del sol, que á los mortales
 Era á dar nuevos cuerpos poderosa:
 La que en varias figuras de animales,
 Al toque de su vara milagrosa,
 De Ulises convirtió los compañeros
 En osos, tigres, puercos y carneros.
 Por allí da tributo al mar Tirreno
 El Tiber de victorias coronado,
 Aquel mismo tributo que en su seno
 De cincuenta y dos rios ha cobrado;
 A donde en el Tarpeyo monte ameno
 Roma su capitolio vió encumbrado,
 Que el mundo gobernó, y hoy mejorada
 Del Vicario de Cristo es gobernada.
 Volved la vista ahora á estotra parte
 Del mar de Adria, y vertientes de Apenino,
 Vereis un templo del furor de Marte
 Hecha la ciudad áspera de Urbino,
 Y del puerto de Ancona el baluarte
 Que Trajano fundó de mármol fino,
 Y su Cumerio puerto puesto en modo,
 Que al mar parece que le da del codo.
 Allí está el fértil campo de Loreto,
 Bien que ahora ni muy rico ni estimado;
 Mas yo veo tiempo ya que será acepto
 En el mundo, y su nombre celebrado,
 Cuando por modo altísimo y secreto
 A él se ha un aposento trasladado,
 Que de Judea vino á Esclavonia,
 Y en él á Cristo concibió Maria.
 Allí es Perusia, donde la hambre ayuna
 De Antonio estuvo un tiempo apoderada,
 Y esta la gran Florencia, que ninguna
 Cual ella se vió en flores asentada:
 Luca, y el promotorio de la Luna,
 Y Pisa por su loza celebrada,
 Parma, Modena, Lodi, Alejandria,
 Milan, Cremona, Bérgamo y Pavia.
 Haciendo cruces con la mano diestra
 Fue señalando el sabio estas ciudades,
 Y prosiguiendo, dijo: «allí se muestra
 Rávena ilustre, antigua en mil edades;
 Y Felsina-Bolonia, gran maestra
 En toda ciencia y todas facultades,
 Está allí derramando un mar al mundo
 De graves letras y saber profundo.
 Ved á Ferrara puesta en la ribera
 De Eridano, y sus ondas espejadas,
 Donde Faeton su vida y su carrera
 Juntas dejó de un golpe rematadas:
 Allí está Mantua, y Andes, la primera
 Entre tierras y gentes celebradas,
 Donde nació la fuente de quien mana
 La alta facundia y elocuencia humana.
 Por allí pasa Mincio, mas ufano
 Que el claro Anfriso por el rey de Delo,
 Y en sus principios como el mar liviano
 Con olas suele amenazar al cielo,
 Donde Bérgamo goza asiento llano,
 Y Trento parte con los Turcos suelo,
 Y aquel el Rubicon, raya liviana
 De la prosperidad y paz romana.

Las incultas almenas mal labradas,
 Que allí lava la mar y azota el viento,
 Donde unas gentes del temor gu'adas
 A buscar fueron mas seguro asiento,
 Tristes reliquias son despedazadas
 Del destrozo de Atila, y su escarmiento
 Les hará, sin que el tiempo las consuma,
 Ir creciendo en la mar como su espuma.
 Es su nombre Venecia, y sus agüeros
 Así dichosos desde el primer día,
 Que pasará en los siglos venideros
 De república el nombre á monarquía:
 Destas cumbres los gajos altaneros
 Los Alpes son blanqueando nieve fria,
 Que al bárbaro furor con muro estrecho
 La rica Italia apartan sin provecho;
 Donde al pié en sus collados mas vecinos,
 De fértil grama y flores coronados,
 Ricos pueblos fundaron los Taurinos
 Allí desde Liguria trasladados:
 Mas mira ahora los montes cristalinos
 Que á tu isla Cirno baten los costados,
 Rey de Córcega, y la otra su vecina,
 Que apenas desde aquí se determina.
 En la una, si la fama no se engaña,
 La miel el nombre pierde de sabrosa,
 Y en la otra sin querer rie y regaña
 Al que su yerba prueba venenosa:
 La que allí sus mariscos acompaña
 Es Egilos, de cabras abundosa,
 Y la palmosa Ilba acá parece,
 Rica del hierro que en sus venas crece.
 Entre el puerto de Venus, y el trofeo
 De Augusto, y entre el Varo tortuoso,
 Y el rio Macra, que en feliz rodeo
 Del Apenin descende presuroso,
 Correr al austro la Liguria veo,
 De áspera tierra y sitio montuoso,
 Donde en su costa Génova parece
 Hermoso lirio que entre espinas crece.
 Mas ya aquí se descubren las vistas
 Cumbres del Alpe, y á la diestra mano
 Ambas las Alemanias belicosas,
 Que el frio Reno las divide en vano:
 Las dos ilustres Bélgicas famosas,
 Todas llenas de imperio soberano,
 De marcas, reinos, títulos, blasones,
 Duques, lansgraves, condes y barones.
 Aquellas altas peñas, que nevadas
 La espuma dan que por sus playas crece,
 Las rocas son de Albiones celebradas,
 A donde Anglia sus términos fenece:
 Aquellas son sus selvas encantadas,
 Merlin allí y su ciencia permanece,
 De quien he yo apuntado en mis lecciones
 Escolios mil, y mil anotaciones.
 Es reino ilustre, rico y belicoso,
 De gente afable, humana, y sus banderas
 Temor del gran Océano espantoso
 Serán en las edades venideras:
 ¡Oh pueblo muchas veces venturoso,
 Si tan cerca á Alemania no tuvieras,
 Que criará una hidra y un briareo,
 Que agoten cuantos bienes en tí veo.
 Allí es Brabancia, Flandes, Picardia,
 Y aquí Francia mi patria regalada,
 Con su ciudad, de adonde nace el día
 Hasta donde se esconde celebrada:
 Allí Garona, allí Secuana envía
 Sus peces y aguas á la mar salada:
 Allí se traga el Ródano á la Sona,
 Y aquí parte á Marsella de Narbona.
 Bretaña es esta, aquella Normandía,
 Y estotra la Provenza regalada
 Por donde Druenza su corriente guía,

Y está Auñon sobre el Ródano sentada:
 Allí es Tolosa, allí Fuenterrabia,
 Y allí la ardiente cumbre ahora helada
 Del Pirineo, que en fuegos encendido
 Arroyos sudó de oro derretido.
 Aquellos valles que una niebla fria
 Parecen exhalar de humor sangriento,
 Cuya espantosa cumbre al sol y al día
 De Francia enlutan con su grueso aliento,
 Los Roncesvalles son, en quien solia,
 A los aspectos de su cielo atento,
 Pronosticar Merlin cierta caida
 En la gente del mundo mas temida.
 Los astrónomos puntos de impresiones
 Que señalo de burla, ó verdaderos,
 Ya van en las postreras conjunciones;
 Trueque el cielo en mejores sus agüeros,
 Y al nuevo imperio en todas ocasiones
 Del brio enemigo rinda los aceros,
 Y á pesar de los astros engañosos
 Sus lirios de oro salgan victoriosos.
 Ya de aquí se descubren las regiones
 De la feliz y belicosa España,
 Famoso reino en las demás naciones,
 Que la tierra encadena y el mar baña,
 Cuya grandeza en todas ocasiones,
 Si de la fama el crédito no engaña,
 Unica ha sido, y es en cuanto encierra
 De nobleza y valor en paz y en guerra.
 Allí es San Sebastian, Huesca y Bayona,
 Y acá Colibre al mar Mediterráneo,
 Aragon, Cataluña y Tarragona,
 Y el promontorio Venus Perpiñano:
 Allí su puerto guarda Barcelona,
 Y allí el famoso Grao valenciano,
 Denia, Alicante, Murcia, Cartagena,
 Sus costas gozan de riquezas llena...»
 «Paso, dijo Orimandro, que el intento
 Mayor que me sacó de Persia un día
 Fué ver de España el belicoso asiento
 Y asombros del valor que della oía;
 Y pues se me ha venido tan á cuento,
 Y sin buscarlo, lo que hallar quería,
 Templad las velas, y volad despacio,
 Que quiero ver de Marte el gran palacio.
 Y pues que vos por sabio, y por vecino,
 Podeis darnos razon y luz de todo,
 Gobernad el timon, y abrid camino
 Por este aire benévolo, de modo
 Que yo os deba este gusto á que me inclino,
 Y el contar su grandeza al reino godó,
 Y todos tres gozar en este vuelo
 La magestad de tan heróico suelo.»
 Dijo, y el francés mágico, ahora sea
 Por dar al persa gusto, y á Morgante,
 Que lo mismo parece que desea
 En los halagos del feroz semblante,
 O por curiosidad, en que se vea
 De su leccion y ciencia lo importante,
 Que es gusto al fin mostrarse un hombre sabio
 Y entre reyes mover á tiempo el labio.
 Así con blando y sosegado vuelo,
 «¿Quién, señor, dijo, en tan pequeño rato
 Del real valor deste invencible suelo
 Darte podrá cual pides un retrato?
 ¿Quién de su clima, temple y paralelo,
 Fertilidad, riqueza y aparato,
 Decir podrá en palabras suficientes
 Lo que á España se debe, y á sus gentes?
 En lo mejor del habitable mundo
 Como cabeza dél la asentó el cielo,
 Combatida de un crespno mar profundo,
 Que por tres partes ciñe el fértil suelo,
 No en el clima tercero, ni el segundo,
 Ni en el sexto, ni séptimo, en que el yelo

Con tal rigor sobre sus golfos baja,
 Que en rocas de cristal los trepa y cuaja.
 Aquí nunca del canero el caluroso
 Chele los fuegos llueve que en Egipto,
 Ni del boreal Cefeo perezooso
 El yelo se cayó de hito en hito:
 Ni es de suelo tan frio y tan ventoso
 Como Francia, ni abraza en su distrito
 Los bochornos del monte de Carena,
 De incultos riscos llenos, y de arena.
 Penetrada con vientos de ambos mares
 Conserva un aire limpio y cielo sano,
 Y de riquezas llena singulares,
 No hay quien no tenga algunas de su mano:
 No todas cosas dan todos lugares,
 Ni el mundo es todo cuesta, ó todo llano:
 La India envia marfil, la Arabia incienso,
 Perlas el mar, y á él los rios su censo.
 Seda el Catay, el Alpe da cristales,
 Paro alabastro, Cándia alegre vino,
 Piedras Ormuz, Sicilia sus corales,
 Vasos Corintu, el Ganges oro fino,
 Jaspes Copto, Preneste pedernales,
 Scitia las blandas martas, y el benino
 Aire de Tible miel, y Tiro ufana
 En sus conchas la púrpura de grana.
 Por todo el mundo del empireo cielo
 Dones descendien de influencias varias;
 Esta grandeza es propia deste suelo,
 La otra de aquel, destotra las contrarias:
 Aquí extraño calor, acullá yelo,
 Cosas raras aquí, y allí ordinarias:
 Solo los campos fértiles de España
 Ninguna cosa tienen por extraña.
 ¿A la seda de Murcia, y de Granada,
 De Toledo y Valencia, quien le llega?
 Cuando el gusano en cama regalada
 De frescas hojas de moral se pega,
 Y allí encantado en bóveda cerrada
 Al dulce sueño del morir se entrega,
 Dejando sus capullos y edificios
 En herencia al regalo y á sus vicios.
 ¿Al cristal lusitano, y á las martas
 Gallegas, quien iguala? ¿ó al coral fino
 Del Catalano golfo, cuando en sarias
 Por un cuello se anuda alabastrino?
 ¿Quién al rojo oro en granos con que hartas,
 Oh rica España, la hambre del vecino
 Bárbaro alarbe, oh apartado griego,
 Que á todos tu aficion quita el sosiego?
 No engendra Ormuz mas fina pedrería
 Que tu Puebla Moron y Caridemo,
 Ni á las turquesas que Zamora cria
 Llega el Oriente en su mayor extremo:
 A tus jaspes no igualan los que envia
 El Paro, el Copto, ni el helado Hemo,
 Ni á la miel de Beger, y á la de Baza,
 De Júpiter el nectar en su taza.
 Escuden los de Dódono y Corinto,
 Y la loza del pueblo toledano
 En color la esmeralda y el jacinto:
 Sus vinos al falerno y al greciano,
 De Yepes, San Martin, Ocaña y Pinto,
 Alanís, Ribadavia, Coca y Toro,
 De humana ambrosia celestial tesoro.
 ¿Que pudo repartir al mundo el cielo
 Para el provecho humano, ó su deleite,
 Que le negase á este dichoso suelo,
 Y en él no sirva de virtud, ó afeite?
 Aquí un fértil sembrado, allí un majuelo,
 Acá un lugar de vino, allá de aceite,
 La cabra, el toro, el oso, el ciervo, el gamo,
 Y la perdz burlada del reclamo.
 Si á Colcos dió valor un vellocino

Y fama en tantos siglos y naciones,
 Por solo un lustre de oro peregrino
 Que en sus guedejas daba reflexiones;
 ¿Cuánto le exceden en precioso y fino
 Del estremeño campo los vellones?
 ¿Y á las conchas de Tiro, y de sus riscos,
 La grana que se cuaja en sus lentiscos?
 Es toda junta una preciosa pasta
 De finos y riquisimos metales,
 Que antiguamente pudo, y ahora basta
 Los deseos á hartar de los mortales:
 Los griegos, los romanos y la vasta
 Africa de sedientos arenales,
 Con las preciosas sombras de sus venas,
 Sus flotas vian de riquezas llenas.
 En otras partes la codicia humana
 Entra por oro á desvolver la tierra,
 Y en hondas grutas con sudor se afana,
 Y por sacarlo á luz le hace guerra:
 Mas aquí él solo por los riscos mana,
 O el arado al pasar lo desentierra,
 Y como convidándose á sus gentes
 Los arroyos le manan y las fuentes.
 Que por hijo feliz de un fértil suelo,
 Y de madre nacido tan fecunda,
 Lozano da vislumbres sin recelo
 Que avariento le dé cárcel segunda:
 ¿Mas qué bien ó favor ha dado el cielo
 A la tierra que aquí no nazca y cunda?
 ¿Y á porfia brotando de sus senos,
 Sus campos deje de riquezas llenos?
 Cuanto al sustento y pompa es necesario
 Sobre su noble tierra abrió camino,
 El rojo trigo, el vino, el jaspe vario,
 El lustroso azabache, el mármol fino,
 El hierro duro, el cobre su contrario,
 El liviano algodón, el blando lino,
 El vivo azogue, el soliman y afeite,
 Y de Sevilla y Écija el aceite.
 Su bronce, plata, estaño, y sus alumbres
 Al mundo dejan bastecido y harto,
 Cuyas reventaciones por las cumbres
 Los montes vierten con felice parto:
 Goza del fino acero las vislumbres,
 La rica greña del humilde esparto,
 El lustroso alcohol, y el pardo lomo
 Que en masas crece de pesado plomo.
 Los montes de un alegre abril manchados
 De frescas yerbas olorosas llenos,
 De laurel verde y cedros encrespados
 Los sombríos bosques tejen mas amenos:
 Cárdenos lirios, alelis morados,
 Rojos claveles, y en los hondos senos
 De sus valles tomillo, y rojo acanto,
 El fértil trébol, y el romero santo.
 Desto sus campos labran las alfombras
 Con que el florido abril los entapiza,
 De mas fino color y alegres sombras
 Que las que Persia para tí matiza:
 Y si destas grandezas no te asombras,
 Oye con que de nuevo se autoriza
 En los soberbios ánimos valientes
 De sus gallardas invencibles gentes.
 ¿Quién á un bravo español en osadia
 Y atrevido ademán pasó adelante?
 ¿O al trato hidalgo, y noble cortesia,
 Igualar pudo en ánimo arrogante?
 ¿Quién la reportacion y valentía
 No ve ser destas gentes semeiante
 A sus furiosos rios, que en sonoro
 Curso llevan cristal envuelto en oro?
 Son de ánimos valientes, atrevidos,
 Prestos en los peligros, y arrojados,
 Francos en amistades, comedidos,
 Graves, briosos, nobles, verriscados:

Para trabajos, fuertes y sufridos,
 Para nobles, leales y esforzados,
 Que la traicion es mancha de cobardes,
 Y estos desta nacion propios alardes.
 ¿En qué region del mundo sus banderas
 No han de dar sombra, y asombrar el mundo?
 En Persia, Africa, Arabia y las postreras
 Islas que ciñe y bate el mar profundo:
 ¡Oh venturosa España! ¡si tuvieras
 De tus Eneas un Marón segundo,
 O á tus nuevos Aquiles un Homero,
 Cuan poca envidia hubieran del primero!
 Tus verdades esceden sus ficciones,
 Y tu ordinario estilo á sus portentos,
 Y en descubrir y hallar nuevas regiones
 A los mas arrojados pensamientos:
 En fe y lealtad, las bárbaras naciones,
 En letras, en virtud, y entendimientos
 Cuantos la Grecia y el Egipto encierra,
 Y en armas todo el resto de la tierra.
 Preciéose Roma, y tuvo por grandeza
 Dar Césares al ancho mundo en paga,
 Que al oro, plata, perlas y riqueza,
 Que le tributa y pecha, satisfaga:
 Y arrogante y soberbia en ser cabeza,
 Su misma vanagloria le empalaga,
 Trayendo en ella por blason altivo,
 «Césares doy, si lo demás recibo.»
 España dió al imperio los mejores
 Príncipes que ya tuvo en su gobierno,
 Y en todas facultades mil autores
 De soberana fama y nombre eterno:
 Y no solo dió á Roma emperadores,
 Mas en los siglos de su parto tierno
 Le abrió la zanja, y en feliz agüero
 A su muro arrimó el terron primero.
 De nadie mendigó favor humano,
 Ni tras de la ambicion y la zozobra
 El mundo saqueó en rigor tirano,
 Por rehacer su falta de otra sobra;
 Y así en blason pondrá su rica mano,
 «Nada me falta á mí, todo me sobra,
 Todo lo doy, de todo soy barata,
 Césares, reyes, reinos, oro y plata.»
 A Roma dió principios venturosos,
 Y al que alzó en Asia los troyanos muros,
 Y en Galia á mis franceses belicosos
 De Mongrana los ánimos mas puros:
 No son hablas ni cuentos fabulosos,
 Ni va por ateneros tan oscuros
 Su clara sucesion, que no lo sea
 A quien saberla de raiz desea.
 Abuelo de Milon fue Claramonte,
 Fundador de la casa de Mongrana,
 Puesta del Alpe en un soberbio monte,
 Y él de la sangre y sucesion trojana:
 De Deifovo nieto, que en Piamonte
 Cetro tuvo y corona soberana,
 Y fue de Franco Héctor descendiente,
 Y todos tres de la española gente.
 Y aun yo, no tan de lejos, otra parte
 De español tengo, no de poca estima:
 Egilona, mujer de Durandarte
 Segundo, fue del rey Vitiza prima:
 Desta nació mi abuelo Balisarte,
 Que en España vivió, y en la honda sima
 Del rico Tajo me crió, con gana
 Que aprendiese la ciencia toledana.
 Allí secretos alcancé importantes
 A los cursos del mundo y su gobierno,
 Y en mis alegres años principiantes
 Los cercos aprendí del lago Averno:
 Mas para qué son cuentos tan distantes,
 Y la revolucion de un mundo eterno,
 Si desde aquí podeis gozar presente

La magestad del reino y de su gente?
 Otros se ocupen en contar las rocas
 Del helado Proponto y del Egeo,
 Y por sus playas celebrar las focas
 Del fingido rebaño de Proteo,
 Que yo á tener cien lenguas y cien bocas,
 Juntas las diera á este famoso empleo,
 Y mostrara con ellas, aunque humildes,
 De tus grandezas las pequeñas tildes.
 Este que ambas provincias belicosas
 De España y Francia veis como divide,
 Y en freno de oro y riendas poderosas
 A sus altivos ánimos preside,
 Y con sus mismas cumbres deleitosas
 Lo que hay de un ancho mar al otro mide,
 Un tiempo vió sudando por sus lomas
 Arroyos de oro y plata en vez de gomas.
 Subió tan alto el vuelo de su llama,
 Que alumbró á España, y de su ardor sonoro,
 Para eternas memorias de la fama,
 Nuevo nombre compró á diluvios de oro:
 El nombre es Pirineo, así se llama
 Del fuego que dió al mundo tal tesoro,
 Que á los Fenices, y á su rey Siqueo,
 Hartar pudo la hambre del deseo.
 Aquella altiva Peña es la Collarda,
 Y estotra de Sobrarbe la alta sierra,
 Y la otra donde Atlante tuvo en guarda
 A Rugero por miedo de la guerra:
 Aquella estrecha senda blanca y parda
 El real puerto de Andorra, en cuya tierra
 Alemania clavó de limpio acero
 Una memoria al siglo venidero.
 Quipúzcoa es aquella que los gajos
 Del Pirineo con sus pueblos trilla,
 Haciendo de enriscados altibajos
 Murallas á los reinos de Castilla:
 Vidaso corre allí, y por valles bajos
 Soberbio al Olearso mar se humilla,
 Ufano en dividir con su corriente
 De la francesa la española gente.
 Allí por las montañas de Salinas
 Cruzar verás al cristalino Deva,
 Y en lo alto de su puerto entre sabinas
 Una grandeza y maravilla nueva:
 De aquella estrecha ermita, y sus ruinas,
 En humilde vertiente aumenta y ceba
 A dos contrarios golfos y arenales
 Aguas con las que lloran sus canales.
 O sea aquí lo mas alto deste mundo,
 O el principio de todas las corrientes,
 Las unas de Cantabria al mar profundo
 El turbio Deva pecha en sus crecientes;
 Y las canales del combez segundo,
 Que al descubierto Sur hacen vertientes,
 El rio Cadorra al Ebro las entrega,
 Y él al Mediterráneo mar las llega.
 Y así con tiernos brazos cristalinos
 Esta pequeña ermita abraza á España,
 Y por diversas sendas y caminos
 De humildes ondas la rodea y baña:
 Aquellos de Vergara son los pinos
 Con que sus edificios acompaña,
 Y allí los Mondragones de Arrasate,
 Y el pueblo y villa célebre de Oñate.
 Estos dos huecos y ásperos peñascos,
 Que nos atajan por el aire el vuelo,
 De hierro, acero, pinos y carrascos,
 Así amasados por virtud del cielo,
 Son del monte Gorbeya sendos cascós,
 Y las dos Babilonias deste suelo,
 Y el valle de Arrazola en su frescura
 Quien goza puesto en medio tanta altura.
 El rio Urrola de herrerías lleno,
 Con mas fraguas que Lipara y Vulcano,

Riega allí el valle de Legaspi ameno,
 Y por entre dos pueblos pasa ufano:
 Las peñas de Motrico, que en su seno
 El mar le cubre y le descubre en vano,
 Allí le sirven de mojon y raya,
 Y estas son las mimbreras de Zumaya.
 Entre el de Arajes y este helado rio
 La antigua villa queda de Guetaria,
 Las altas sierras y el asiento frio
 De Arracilo y su cumbre en flores varia:
 Álava allí, y el noble señorío
 De Vizcaya, que en costa solitaria
 Su helado y crespo mar rodea y haña
 La hidalga sangre del valor de España.
 Sus amenas florestas son aquellas
 Y de Bilbao aquel el fértil valle,
 A cuyo verde asiento las estrellas
 Noble y precioso aumento esperan dale:
 Allí es Durango, y las murallas bellas
 De la ciudad de Orduña aquella calle:
 Esta es su Peña, y la que está adelante
 Lequetio, en marineros abundante.
 El que allí da frescura y sombra á un prado
 Es el árbol famoso de Garnica,
 A oír reales consultas enseñado,
 De extranjeros Pelasgos patria rica:
 Allí de un pié descalzo, otro calzado,
 Sus privilegios jura y ratifica
 El que entra á ser señor, y de aquel modo
 Cetro absoluto cobra, y mando en todo.
 Allí está el gran Bermeo, que en las juntas
 Tiene la primer voz, y el cristal claro
 De la mar quiebra por las corvas puntas
 Que á su ancho puerto sirven de reparo:
 Esta es Navarra, y sus florestas juntas,
 De quien nombre, á pesar del tiempo avaro,
 Eterno heredará, y de sus estrellas,
 Gentes de invictos pechos, y armas bellas.
 O ya sea poblacion de los troyanos,
 Y sus naves y arados le den nombre,
 O naciese el que tiene de sus llanos,
 Y ahora con su altivez el mundo asombre,
 Aquellos son sus valles comarcanos,
 Y el que allí tiene de Bastan renombre,
 Cegó ya el pozo que parió un tesoro
 De sangre á Francia, y á Navarra de oro.
 Aquellas son innumerables fuentes
 De sal estéril, esponjosa y hueca,
 De tal virtud que aumenta sus crecientes
 Cuanto mas erece y es mayor la seca:
 Allí nuevas almenas dió á las gentes
 En Pamplona Pompeyo, y allí en hueca
 Fortuna, en ala y rueda no pequeña,
 Las vistosas almenas de Sansueña.
 Allí es Puentelareina, y su ribera
 De alegres rojos vinos abundante:
 Aquí Estela, y Tafalla acullá entera
 La corva costa corre de levante:
 La raya de Aragon es la primera
 Que los celtas con ánimo arrogante
 Otro tiempo poblaron, y el tebano
 Hércules les dió nombre de su mano.
 El que desde Fontible hasta Tortosa
 Con toda el agua destes reinos erece,
 Y entre fresca arboleda deleitosa
 De aquí una sierpe de cristal parece,
 Es el rio Ebro, y su ciudad famosa
 Zaragoza la que allí florece,
 Y aquella su ancha huerta de Almozara,
 Que es quien la suele hacer barata ó cara.
 Aquella es Jaca, á quien fundó el tebano
 Dionisio y Huesca, donde un dia Sertorio
 Hizo academia, y con rigor tirano
 Degolló en otro todo su auditorio:
 Aquel blanco arroyuelo es el Turiano,

Y allí en el edetano territorio
 Parece el pueblo de Teruel antiguo,
 Por su cabeza puesto y sano abrigo.
 Tras él en aquel sitio peñascoso
 De Albarracin está la ciudad bella,
 Entre riscos metida del lodoso
 Túria, y su gran centauro encima della:
 Así pendiente, que su cerro umbroso
 Al dia la mejor luz carcome y mella:
 Allí guia por Tortosa su corriente
 El fértil Ebro al rico mar de Oriente.
 De aquí hasta Perpiñan sobre Colibre
 De Cataluña corre el principado,
 Que así este suelo belicoso y libre
 Fue de Otogerio Catalon llamado;
 Y él sin que á su ancha espada se le libre
 Moro, que ya le vió una vez tirado,
 Recobró en compañía de otros nueve
 Toda esa costa que la mar embebe.
 Aquí está Perpiñan, de adonde el fuego
 Del Pirineo asió primer centella,
 Y la sima que abrió, y el pozo ciego,
 Que rubias masas de oro dió á Marsella:
 Gerona es la que allí se sigue luego,
 Que el César ganó ahora, y puso en ella
 Para adorno á su templo en bronce y oro
 Divinos bultos de inmortal tesoro.
 Empurias, de franceses y españoles
 Antigua poblacion de aquella costa,
 Allí entre su arenal y caracoles
 Sus anchas ferias tuvo y plaza angosta:
 Allí hace Palamos sus tornasoles
 De conchas y coral, y allí ensangosta
 Su playa el mundo, y aculla la ansancha
 La punta de la Luna corva y ancha.
 Estos riscos bellisimos que al cielo
 Con tantas puntas alzan la cabeza,
 A quien rodean de cristal y yelo
 El rio Lobregat y su aspereza,
 Feliz reventacion del fértil suelo
 Que preñado parió tanta belleza,
 Son entre gajos de encrespadas peñas
 De Monserrate las floridas greñas.
 Allí del santo y célebre Ermitaño
 El delito se vió y la vida nueva,
 Allí el estupro y homicidio extraño
 Secreto albergue fué la oculta cueva:
 Allí en lágrimas dió remedio al daño,
 Y allí la celestial princesa, en prueba
 Del perdonado yerro, dió la vida
 A la muerta, y la habla al homicida.
 Si á las torres y altivos chapiteles,
 Que allí hacen sombra y peso á Barcelona,
 Amilcar dió balcones y rejales,
 De Hércules las fundó la real persona;
 Y en Monjui dió altares y laureles
 Al padre de los hijos de Latona,
 En el lugar que ahora aquella torre
 Sus playas mira, y su cristal recorre:
 Aquella punta que la mar adentro
 De hermosa poblacion rompe cargada,
 Y las olas que salen al encuentro
 De blanca espuma nos la dan cercada,
 Es Tarragona, la cabeza y centro
 De su antigua provincia celebrada,
 A quien de Armenia dieron pobladores
 Las antiguas majadas de pastores.
 El campo de Igualada y de Cervera,
 Si es digna de algun crédito la fama,
 Del Franco pueblo la nobleza entera
 Vuelta tierra, en la suya se derrama,
 Que sin salvarse escuadra ni bandera,
 Donde en confusa voz el vulgo llama
 La matanza, la flor del reino todo
 A las manos murió del valor godo.